

EMANUEL RINGELBLUM Y LOS ARCHIVOS “ONEG SHABES”*

Samuel Kassov

Traducción: Gilda Waldman M.

Resumen

El autor perfila la personalidad del historiador y activista Emanuel Ringelblum dentro del que fuera el más populoso de los *ghettos* judíos, el *ghetto* de Varsovia. Hasta que la *Gestapo* lo descubrió con su familia en su escondite y los asesinó, Ringelblum dedicó todo su esfuerzo para registrar detalladamente la condición de la vida cotidiana del *ghetto*. Sus publicaciones clandestinas se lograron gracias a la cooperación voluntaria de todo un grupo al que se conocía por *Oneg Shabes*. El autor reconstruye la postura ideológica de Ringelblum y cómo ésta afectó la selección de sus objetivos dentro del *ghetto*.

Abstract

The author presents the profile of the historian and activist Emanuel Ringelblum in the most populated of the Jewish ghettos, the Warsaw ghetto. Until his hiding place was discovered by the Gestapo from which he and his family were taken and murdered, Ringelblum dedicated all his efforts to register with great detail the quotidian life within the ghetto. His clandestine publications succeeded thanks to the voluntary cooperation of the group known as “Oneg Shabes”. The author reconstructs Ringelblum's ideological posture and how it affected the selection of his objectives within the ghetto.

En tanto que la investigación más reciente ha contribuido notablemente a nuestro conocimiento de los *Jüdenrate*¹ y las organizaciones de resistencia en los *ghettos*, todavía conocemos relativamente poco sobre lo que Yehuda Bauer ha llamado “las organizaciones intermedias” de la sociedad judía, es decir, aquellas ubicadas entre los consejos judíos y los grupos de combate. Sin embargo, estas organizaciones son

*Ponencia inédita presentada en la Universidad de Harvard en 1998.

¹ Consejo Judío

importantes. A diferencia de las *Judenräte*, de las cuales a menudo se desconfiaba, o de los grupos de combate, que necesariamente incluían una pequeña élite escogida principalmente de los movimientos juveniles, las organizaciones intermedias tenían una base social algo mayor. Sus actividades ofrecen visiones importantes sobre ciertos asuntos clave: la interacción entre ayuda y movilización social; el rol de la intelectualidad en el periodo de pre-guerra en los *ghettos*; la relevancia de variaciones regionales en la sociedad judía, y el significado y alcance de la resistencia "cultural" y "civil".

Una de las organizaciones intermedias más importantes fue el archivo *Oneg Shabes*² de Emanuel Ringelblum en el *ghetto* de Varsovia. En 1946, investigadores que excavaban bajo las canteras de Varsovia encontraron el primer conjunto de documentos enterrados en envases de leche; el segundo fue desenterrado en 1951; el tercero, que se refería principalmente a las organizaciones judías de combate, permanece enterrado hasta el día de hoy. La totalidad de lo que Ringelblum y su grupo -llamado *Oneg Shabes* porque se reunía los Sábados- puede haber recopilado alcanza hasta 40 mil páginas de documentos. Los documentos tuvieron mejor suerte que los seres humanos. Ringelblum tenía alrededor de cien colaboradores; sólo dos sobrevivieron: Hirsh Vasser y Rachel Auerbach. Gracias a ellos, los investigadores sabían, al menos, donde buscar.

Desde el comienzo, Ringelblum integró dos tareas: documentación y movilización social. Ringelblum supervisó la dispersa red de comités de vivienda, cocinas populares y centros de refugio en cuyos establecimientos jugó un papel esencial para encontrar informadores que le proveyeran de material sobre lo que estaba ocurriendo en Varsovia y en las provincias. Reclutó dirigentes de comités de vivienda y administradores de cocinas populares para escribir largos ensayos sobre estas instituciones. Los diarios de Ringelblum, que comenzaron inmediatamente después de su retorno a Varsovia en septiembre de 1939, no eran tanto un documento personal como un permanente comentario y un inventario del vasto torrente de información que Ringelblum obtenía cada día de sus informantes, comentarios diarios entrelazados con resúmenes semanales y mensuales. Por ejemplo, una

² Nombre de la agrupación que planeó la organización del archivo clandestino.

anotación en el diario sobre la creciente importancia de las mujeres en los comités de vivienda y organizaciones de ayuda en el *ghetto* de Varsovia completaba un largo ensayo sobre el tema, escrito por Cecilia Slapak a sugerencia de Ringelblum. Claramente el diario habría sido una guía a la sintética historia que Ringelblum había esperado escribir después de la liberación.

La deportación masiva a Treblinka que comenzó en julio de 1942 obligó a detener temporalmente el trabajo del *Oneg Shabes*, pero este se reanudó nuevamente en septiembre de 1942. Ahora, Ringelblum cambió su enfoque. Se concentró en escribir ensayos reflexivos sobre temas tales como las reacciones judías a la catástrofe, la carencia de una resistencia activa, el rol de la policía judía y la destrucción de la intelectualidad judía. Su última obra importante, finalizada sólo un par de meses antes de su ejecución en marzo de 1944, versa sobre las relaciones polaco-judías durante la guerra.

El *Oneg Shabes* tenía múltiples agendas. Coleccionaba un vasta cantidad de documentos-afiches, boletos de tranvía, postales de otros *ghettos*, ensayos de niños y otros artefactos materiales de la vida en el *ghetto*. Continuó los proyectos de investigación social del Instituto Científico Judío de la preguerra. Ringelblum y sus colaboradores desarrollaron modelos de cuestionarios para quienes hacían entrevistas orientadas a investigar tópicos tan diversos como la juventud en el *ghetto*, la mujer judía en tiempos de guerra y la historia de aquel microcosmos básico de la vida en el *ghetto*: el patio individual. Al comienzo de las deportaciones masivas desde las pequeñas ciudades hacia el *ghetto* de Varsovia en 1939-40, Ringelblum demandó un esfuerzo especial para recabar testimonios de los refugiados, testimonios que constituían la crónica del quiebre de innumerables aldeas y villorios judíos que nunca podrían ser reconstruidos. Ringelblum también enfatizó la importancia de la historia material y documentó la destrucción de antiguas sinagogas y artefactos religiosos: estos constituían recordatorios concretos de que los judíos habían estado en Polonia durante cientos de años, y por tanto tenían un derecho similar al país, al de los polacos. Esta atención a la historia material fue otro ejemplo del estrecho lazo entre las actividades de Ringelblum en el periodo de preguerra y durante la guerra. Antes de la guerra, Ringelblum había sido líder de una institución que promovía un "turismo comprometido" y enfatizaba la importancia nacional de preservar y catalogar antiguas

sinagogas, artefactos religiosos y crónicas comunitarias.

Subyacente al trabajo del *Oneg Shabes*, al menos hasta la primavera de 1942, se encontraba la esperanza de Ringelblum de que su gran proyecto pudiera, en verdad, cambiar el curso de la sociedad polaco-judía después del fin de la guerra. Siguiendo los pasos del gran pionero de la historia del judaísmo de Europa oriental, Simon Dubnow, él había contemplado, durante largo tiempo, la escritura histórica como un arma poderosa que podía transformar la conciencia nacional y la auto-percepción. Ya en 1923, el joven Ringelblum, recién llegado a Varsovia desde su nativa Galicia, había enfatizado la importante tarea nacional del historiador judío. Los historiadores comprometidos "proporcionarían municiones" para el creciente número de diputados judíos en el parlamento polaco: ellos eran combatientes indispensables en pro de los derechos y la dignidad judíos. Esta creencia en la relevancia nacional y política de la investigación histórica la trasladó al *ghetto* de Varsovia.

Al establecer la agenda del *Oneg Shabes*, Ringelblum enfatizó la importancia de la "objetividad histórica" (en sus propias palabras). Mientras más fuentes e informantes hubiera para relatar las experiencias de un incidente o ciudad particular, mejor. Este compromiso con la objetividad desató una pregunta intrigante: ¿Cómo balanceaba Ringelblum la búsqueda de la verdad histórica con su apasionada lealtad política a un partido marxista radical, el Partido de Izquierda Obrera Sionista? La respuesta estriba en que el marxismo de Ringelblum tenía, en la balanza, un efecto positivo. En realidad, al comparar su escritura en tiempos de guerra con sus trabajos de preguerra, ellos reflejan una creciente madurez intelectual y destreza conceptual. En la balanza, las convicciones marxistas de Ringelblum lo ayudaron a desarrollar marcos organizacionales y conceptuales útiles, sin que, al mismo tiempo, lo forzaran a una rigidez ideológica. De hecho, esta aseveración requiere algunas aclaraciones. Las desviaciones políticas de Ringelblum, por ejemplo, distorsionaron claramente sus perspectivas sobre el *Jüdenrate* de Varsovia y sobre el rol de Adam Czerniakow, presidente del consejo. Ringelblum fue muy rápido para condenar a la "burguesía judía" y en señalar que sólo el colapso del capitalismo podría resolver, realmente, la cuestión judía. Pero, a diferencia de su amigo cercano y camarada de partido, Rafel Mahler (quien abandonó Polonia en 1937), el trabajo histórico de Ringelblum contenía mucho menos lastre ideológico.

Ringelblum veía el *Oneg Shabes* como un caso de prueba de cómo,

siendo llevada de manera apropiada, la praxis histórica podría realizar funciones sociales y políticas vitales. Aun de frente a una crisis personal y comunitaria sin precedentes, ningún detalle era demasiado pequeño o ninguna catástrofe demasiado grande, para eludir las consideraciones propias del historiador. Todas las generalizaciones tenían que enfrentar la evidencia histórica. Lo que les estaba sucediendo a los judíos tenía que ser ubicado en contextos mayores: hasta el final, Ringelblum continuó con su lucha, proveniente de la pre-guerra, contra la "excepcionalidad judía" en la investigación histórica. Lo que estaba sucediendo con el judaísmo europeo tenía que ser visto en el contexto de un sistema capitalista en colapso: el antisemitismo podía entenderse mejor en el contexto de lo que los historiadores llamarían posteriormente un "fascismo genérico". Así, Ringelblum se inclinaba a evitar las condenas ciegas de los alemanes como un pueblo, y en sus últimos ensayos sobre las relaciones polaco-judías, aun cuando dio a los polacos una baja calificación por toda su conducta, explicó cuidadosamente las gradaciones y matices de la respuesta polaca a la catástrofe judía, e implícitamente pidió a las futuras generaciones que recordaran que una baja calificación no implica, necesariamente, una reprobación.

Para entender su agenda, es importante recordar lo que Ringelblum hacía antes de la guerra. Él usaba tres cachuchas. Primero, se veía a sí mismo, de manera primordial, como un historiador. A comienzos de la década de los veinte, junto con Rafael Mahler, fundó un círculo de jóvenes historiadores para investigar diversos problemas de la historia polaco-judía, y editaron la revista del grupo, *El historiador joven*. A finales de los treinta, Ringelblum se había convertido, *de facto*, en la cabeza de la sección histórica del Instituto Científico Judío, con base en Varsovia. Para ganarse la vida, Ringelblum enseñaba en varias escuelas judías hasta que se convirtió en un empleado de tiempo completo del *Joint Distribution Committee* (Comité de Distribución), en 1938.

En segundo lugar, desde la década de los treinta, Ringelblum jugó un papel importante en la ayuda constructiva del Comité de Distribución; estaba especialmente involucrado con las sociedades de crédito del mismo. (Estas sociedades, las cajas de préstamo, se convirtieron en organizaciones públicas importantes, en especial en las ciudades pequeñas). Un momento crucial llegó a fines de 1938, cuando el Comité de Distribución envió a Ringelblum a coordinar la ayuda para los refugiados judíos varados en el campo de Zbanszyn, en la frontera germano-polaca.

Confrontado con miles de refugiados desesperanzados y desesperados, Ringelblum trató de levantar su moral enfatizando la importancia de la cultura y la educación, así como de la movilización desde la base y la auto-ayuda. Regresó de Zbanszyn convencido de que la movilización social que combinaba cultura y ayuda podría servir como un antídoto poderoso contra la depresión y la desesperación.

En Zbanszyn, Ringelblum implementó un concepto de ayuda que había cristalizado durante la Primera Guerra Mundial y que el Comité de Distribución en Polonia había promovido con fuerza en el periodo de entreguerras. Esta aproximación condenaba duramente la tradicional filantropía judía, porque humillaba a los necesitados y paralizaba su iniciativa social. Según los críticos, la filantropía tradicional también dejaba de lado las emergentes agendas nacionales y perpetuaba el liderazgo de las élites tradicionales. Durante la Primera Guerra Mundial se desarrollaron nuevos enfoques sobre la ayuda, que enfatizaban las oportunidades creadas por la dislocación y la catástrofe. Las cocinas populares se convirtieron en centros culturales y puntos focales de organización comunitaria. En Vilna, los líderes de los comités de ayuda no sólo pusieron las bases para un extraordinario sistema de escuelas, sino que también publicaron una impresionante colección de documentos y memorias contemporáneas que ejemplificaban la estrecha interconexión entre ayuda, documentación y transformación interna de la sociedad judía (muchos de los editores pronto jugarían un rol esencial en la fundación del Instituto Científico Judío). El propio partido de Ringelblum, el Partido de Izquierda Obrera Sionista, se había abierto paso de manera importante durante la Primera Guerra Mundial en Varsovia y en Lodz, por su rol en organizar cocinas populares y escuelas.

A principios de la Segunda Guerra Mundial, Ringelblum de pronto tuvo la suerte de convertirse en un líder importante y poner sus ideas en práctica. El comienzo de la guerra lo encontró en Suiza, atendiendo el Congreso Sionista; aunque pudo haberse quedado allí, regresó precipitadamente a Polonia vía una ruta indirecta (su esposa y su hijo de 11 años habían permanecido en Polonia) y llegó a Varsovia en el momento en que los ejércitos alemanes se acercaban. La masiva huida de la élite judía en los primeros días de la guerra enojó profundamente a Ringelblum; la consideró una deserción. Pero el escape de la primera fila del liderazgo judío de Varsovia le daba ahora a Ringelblum una oportu-

nidad para subir a la palestra. Antes de la guerra era una figura respetada pero secundaria; ahora emergería como un líder importante.

Aun antes de que concluyera el sitio de Varsovia, Ringelblum comenzó a organizar la auto-ayuda, una vasta organización social que surgiría como un importante contrapeso al *Jüdenrate*. Esta organización, formada por activistas e intelectuales de preguerra, estableció una red de comités de viviendas, cocinas populares, hogares para niños, etc. Junto con ella Ringelblum se dedicó a luchar por la cultura idisch en el *ghetto*, ayudando a organizar la Organización Cultural Idisch. A medida que transcurría el tiempo, los diarios reflejaban una creciente tensión entre el optimismo de Ringelblum y la comprensión creciente de que lo que funcionó en la Primera Guerra Mundial o en Zbanszyn tenía mucho menos relevancia en la terrible realidad del *ghetto* de Varsovia.

El tercer pilar de la actividad de preguerra de Ringelblum fue su compromiso político con el Partido de Izquierda Obrera Sionista. Hasta el estallido de la guerra, el principal rol de Ringelblum en el partido se centraba en el trabajo cultural: junto con el historiador marxista Rafel Mahler, había dirigido una de las organizaciones culturales principales del partido, los cursos vespertinos para obreros (que la policía polaca cerró a principios de los años treinta). En el *ghetto* de Varsovia, Ringelblum, junto con Shakhne Zagan y Adolph Berman, participó en el clandestino comité central del partido.

Para entender cómo el partido influyó en Ringelblum, es importante centrarse en un rasgo esencial de la ideología del movimiento: la interrelación altamente compleja entre el "aquí" en el "allí", la diáspora y Palestina. Este balance, delicadamente matizado, convertía al Partido de Izquierda Obrera Sionista en un partido único entre los partidos judíos en la Polonia de entreguerras. Algunos partidos como el *Bundt*³ se centraban en la diáspora. Otros grupos, tales como *He-Jalutz*⁴ se focalizaban casi exclusivamente en Palestina. Incluso, algunos otros cedían la primacía ideológica a Palestina, aunque dedicaran sus mayores esfuerzos a Polonia. Los ejemplos incluyen a los Sionistas Generales e incluso al Partido Obrero Sionista de Derecha. Lo que convertía al Partido de Izquierda Obrera Sionista en algo diferente era su

³ Agrupación de obreros judíos con orientación ideológica de izquierda.

⁴ Agrupación de jóvenes sionistas que favorecían la emigración.

determinación de combinar el “aquí” con el “allá”, la diáspora y Palestina, en una relación cuyos términos se reforzaban mutuamente. Siguiendo a Beer Borochoy,⁵ el Partido de Izquierda Obrera Sionista argumentaba que el problema judío no era sólo político. También era económico y existencial. Sin un territorio propio, los judíos no podían controlar los centros nerviosos de la economía. Ellos eran expulsados de las industrias primarias y de las grandes fábricas y exiliados al sector terciario, más débil. Pero los sastres y zapateros tenían poco poder político. Después de todo, los trabajadores ferrocarrileros podían ahogar la economía. Los sastres, no. En última instancia, la población nativa comenzaría a expulsar a los judíos también del sector terciario. Así, la emigración era un factor clave en la vida judía, pero la emigración a Palestina era particularmente importante. La mayor parte de los judíos permanecería en la diáspora. Pero sólo en Palestina podrían crear una estructura económica natural y sana que proporcionara una “base estratégica” para los judíos en la diáspora, la cual ayudaría a radicalizar a los trabajadores judíos. A su vez, la revolución mundial, liderada por la Unión Soviética, expulsaría a los británicos de Palestina y establecería un Estado socialista, binacional. Así, la diáspora y Palestina estaban ligadas.

El Partido de Izquierda Obrera Sionista rechazaba enfáticamente cualquier sugerencia de que la comunidad judía de Palestina era “mejor” que la de la diáspora, de que el movimiento de trabajadores en Palestina tenía derecho de dar directrices a los trabajadores judíos de la diáspora, (en realidad, esta fue una razón importante para la división original del movimiento en 1920). De igual modo, el Partido de Izquierda Obrera Sionista se convirtió en un ferviente partido idischista. Conjuntar a Palestina y la diáspora requería un compromiso con el idisch. Después de todo, ¿por qué erigir una barrera lingüística y cultural entre Palestina y los trabajadores judíos en la diáspora? ¿Por qué mutilar al trabajador judío privándolo de su lengua materna?

Esta devoción al idisch y a su cultura jugó un papel crucial en la vida de Ringelblum. El compromiso con el idisch se ligaba con la convicción del partido de que la cuestión judía era internacional. Para comprender el complejo proceso de emigración y de transformación económica, un estudio académico serio de las masas judías era esencial. Este énfasis

⁵ Líder de la izquierda sionista

en un compromiso académico era un importante ejemplo de la influencia de Beer Borochoy sobre el joven Ringelblum, y también modeló su compromiso de toda la vida con el Instituto Científico Judío.

El hecho de que Ringelblum haya permanecido con el partido durante el difícil periodo de fines de los treinta es una demostración viva de su lealtad al movimiento y su auto-definición política. El era pro-soviet pero se encontraba profundamente atormentado por la desenfrenada asimilación del judaísmo soviético. Resentía amargamente lo que veía como la arrogancia de la demanda bundista de ser la "única representante de la clase trabajadora judía". Resistió claramente, durante un largo periodo, el llamado emocional del nacionalismo romántico judío y el *pathos* de la construcción de la tierra judía. Su devoción al idisch lo alienó de grupos tales como *HaShomer Hatzair*, que también se inclinaban por la perspectiva soviética. (Sin embargo, en el *ghetto*, Ringelblum se acercó a muchos líderes del *HaShomer Hatzair*). Durante el movimiento desarrolló una desconfianza visceral hacia la burguesía judía. Pero el punto más importante es que, al igual que su partido, Ringelblum se encontró a sí mismo en los albores de la guerra en un estado de flujo político. Las fuentes disponibles no permiten adivinar, pero parece ser que a medida que el movimiento lentamente fraguaba sus lazos con el movimiento sionista más amplio, aunque con gran ambivalencia, también Ringelblum reflexionaba de nueva cuenta - si no es que abandonaba- sobre muchas de sus convicciones previas. Y en este proceso Ringelblum enfatizaba más que nunca la importancia de un compromiso académico como un instrumento que podría clarificar los dilemas que enfrentaba el judaísmo polaco en particular y el pueblo judío en general. Por lo tanto, su involucramiento con el Instituto Científico Judío crecía constantemente.

El Instituto Científico Judío fue fundado en Vilna en 1925 para promover el estudio académico comprometido e interdisciplinario en idisch. Esperaba combinar las perspectivas de la historia, la lingüística, y las emergentes ciencias sociales para ayudar a los judíos de Europa oriental a comprender su cultura, respetar su idioma y redoblar su lucha por derechos políticos. El instituto también deseaba borrar los límites entre los estudios "judíos" y los estudios "universales", trayendo a los primeros dentro de las principales corrientes históricas modernas. La auto-liberación a través del auto-conocimiento era la agenda del instituto. Durante el periodo de la preguerra existía una tensión constante

entre los izquierdistas -que querían un mayor compromiso político- y quienes buscaban una investigación académica seria y objetiva. Ringelblum encontró esta tensión en su propio partido. Luchando en contra de los llamados a boicotear el instituto por su "neutralidad académica" y "falta de compromiso político", Ringelblum señalaba en la prensa del partido que el mismo Beer Borochoy había hecho un llamado al estudio serio de la filología y el folklore idisch. La clase trabajadora judía y el altamente presionado sistema de escuelas judías necesitaban un Instituto que hiciera su trabajo.

El propio desarrollo de Ringelblum como historiador en el periodo previo a la guerra encajaba fácilmente en la agenda general del instituto. En la década de los veinte y los treinta su investigación histórica se había centrado en la historia del judaísmo polaco antes de 1800. Sus publicaciones incluían estudios sobre la historia del judaísmo en Varsovia, el rol de los judíos en el levantamiento de Kosciuszko, el problema judío en la prensa polaca del siglo XVIII, el papel de los doctores judíos en Polonia y la historia de la prensa judía. Un número de temas básicos destacan en los escritos de Ringelblum de la época de preguerra. El primero era acerca de la importancia de iluminar no sólo el rol de las élites tradicionales, sino también la importancia de los estratos más bajos. En segundo lugar, en los inicios de su asentamiento en Polonia, los judíos habían tenido que librar una incesante batalla en contra de un constante antisemitismo económico y religioso. Como no tenían razón para estar especialmente agradecidos, no existía una obligación especial para asimilarse y renunciar a su identidad nacional. Un tercer tema, estrechamente ligado con el segundo, era la elasticidad y tozudez de las masas judías. En su determinación de seguir con vida, constantemente evadían la legislación antisemita. Un ejemplo era la ley que prohibía que los judíos se establecieran en Varsovia. (El joven Ringelblum escribió su disertación doctoral sobre una comunidad que legalmente ni siquiera se suponía que existiera: la Varsovia judía del siglo XVI). Por lo tanto, los estatutos y documentos oficiales era sólo de limitado valor para el historiador judío. Los historiadores tenían que observar la vida real que los documentos oficiales no tomaban en cuenta. Finalmente Ringelblum enfatizaba que, aunque los judíos eran un pueblo distinto con derecho a su propia cultura y lenguaje, sin embargo estaban estrechamente ligados a Polonia. Habían luchado por su independencia y habían ayudado a construir el país. Así que, lejos de ser visitantes, tenían tanto derecho al

país como los polacos y podían, ciertamente, reclamar igualdad legal y autonomía cultural.

Así, Ringelblum iluminaba los temas que emergerían en sus diarios y archivos: la resistencia judía, la elasticidad judía, la hostilidad a la burguesía judía y los antiguos lazos judíos con Polonia.

Lo que ligaba las dos identidades de Ringelblum –historiador y trabajador en pro de ayuda– era un profundo compromiso con el nacionalismo secular judío y una convicción sobre la independencia de la academia judía y la movilización social judías. Ringelblum sentía que el estudio de la historia judía ayudaría a crear una nueva identidad que elevaría el *status* de las masas judías a un nivel similar al de los rabinos y gente de fortuna. Eliminaría la brecha entre *yidischkayt*⁶ y modernidad, entre judíos y no judíos, y llevaría al pueblo judío a las corrientes principales de la modernidad europea.

El académico judío y las masas judías se necesitaban mutuamente. Las masas necesitaban al académico comprometido a darles a ellos y a su lengua dignidad y auto-respeto. Esto se lograría a través de una investigación interdisciplinaria en yiddish que estudiara no sólo a las élites –rabinos y gente de fortuna– sino a la gente: su manera de vivir, sus bromas, su folklore.

En Europa oriental los historiadores judíos no tenían universidades, ni archivos estatales interesados en materiales judíos, ni fundaciones dispuestas a ayudar. Los documentos valiosos se pudrían. Una vasta red de recopiladores tenía que intervenir y ayudar. Ya en 1931 Ringelblum había enfatizado la importancia de organizar equipos de recopiladores bajo la dirección de historiadores entrenados que producirían historias locales y regionales vitalmente necesitadas “desde la base hacia arriba”. Y fue la aplicación directa del método del instituto de académicos comprometidos lo que Ringelblum organizó en el *ghetto* de Varsovia. Ninguna área de la vida judía era demasiado pequeña, o sin importancia. El *Oneg Shabes* quería saberlo todo.

Aunque había algunos escritores y periodistas de preguerra en el *Oneg Shabes* –Peretz Opoczynski, Rachel Auerbach– Ringelblum prefería aficionados. El no quería embellecimientos, ni licencias artísticas: nada salvo la verdad simple y sin adornos, desde la mayor cantidad de ángulos posibles. Para citar a Ringelblum:

⁶ Tradición judía.

Nos fijamos como meta tener un cuadro completo de la vida judía durante la guerra. Queríamos una fotografía -un cuadro de lo que la población judía tenía que experimentar, pensar y sufrir. Así que tratamos de tener el mismo acontecimiento, la historia de una comunidad por ejemplo, descrito tanto por un adulto como por una persona joven, un judío piadoso y uno secular.

Ringelblum se las arregló para encontrar algunos colegas extraordinarios. Sus colaboradores más cercanos incluían a Rabbi Shimon Huberband, que sería el lazo principal entre el *Oneg Shabes* y la comunidad ortodoxa; Peretz Opoczynski, quien escribía apuntes sobre los carteros del *ghetto*, los contrabandistas, o la historia de los comités de vivienda; Rachel Auerbach, a quien Ringelblum le pidió escribir sobre la cocina popular en la calle Leszno 40, etc.

En el partido del *Oneg Shabes* las diferencias quedaban superadas en torno a un objetivo común: juntar material y escribirlo inmediatamente. La memoria es tramposa, insistía Ringelblum, especialmente en el *ghetto*. La guerra había transformado los días en semanas y las semanas en años. En diciembre de 1939, los difíciles días de la preguerra parecían un paseo. Un año después, los judíos estaban encerrados en un *ghetto* y los días de preguerra parecía maravillosos: ciertamente, algo sobre lo cual no valía la pena escribir. Y cuando comenzó la gran deportación a las cámaras de gas en julio de 1942, incluso el infierno del terrible *ghetto* parecía un elusivo paraíso. Si los supervivientes hubiesen escrito después de los acontecimientos, todos los apuntes sobre el microcosmos de la vida en el *ghetto* entre 1940 y 1942 (como los ensayos de Opoczynski sobre el correo, la historia de un patio, o la temida desinfección) habrían sido olvidados. La "identidad superviviente" habría sobrepasado lo que los judíos habían sido: el "antes" habría sido borrado por el "después". A medida que Ringelblum confrontaba el desastre que se desarrollaba, luchaba con mayor fuerza por preservar los trazos de la identidad de preguerra, por evitar que el sello posterior de "víctima" borrara lo que los judíos eran y hacían antes de la guerra. En un sentido muy real, él veía en la memoria un antídoto a la memoria de la catástrofe que, aunque bien intencionada, habría subsumido lo que había sido en lo que había sido destruido.

Al igual que Simon Dubnow, Ringelblum creía que la conciencia histórica podía proporcionar un baluarte a los judíos seculares que

habían perdido su fe religiosa pero que rechazaban la asimilación. Tal como Dubnow admitía en su autobiografía: si no podía creer en la religión, entonces al menos podía encontrar consuelo en lo que el pueblo judío hacía, cómo enfrentaba el pasado.

Hasta la gran deportación de 1942, el *Oneg Shabes* no tenía un tono elegíaco. No trataba del Holocausto. No era una conmemoración de gente muerta. Se trataba de crear un "pasado útil para gente viva", muy ligado con las agendas del Instituto Científico Judío de preguerra y con los propios ideales de Ringelblum. Porque la historia social en realidad, la experiencia de la guerra proporcionaba oportunidades: revertir la debilitadora asimilación lingüística de los años previos a la guerra; desacreditar a las antiguas élites que habían fracasado para enfrentar las pruebas de la guerra; desacreditar a la burguesía judía; usar la historia de la guerra para documentar la resistencia de las masas judías; usar la historia y la sociología para dotar de una base significativa a la cultura judía secular y para continuar una obra ya comenzada una nueva iconografía de la experiencia urbana judía que tendría lugar junto con la iconografía del "shtetl".

Y el *Oneg Shabes* se refería también a la resistencia: transmitir la verdad para que el mundo externo pudiera intervenir. La OS recolectó los primeros reportes de los fusilamientos masivos en Vilna, las primeras aseveraciones de testigos de los campos de muerte en Chelmno y envió estos materiales a través del *Bundt* y la resistencia polaca a Londres. En un comienzo, Ringelblum tenía gran fe que estos reportes tendrían un efecto decisivo. En mayo de 1942, justamente después de la que BBC había anunciado por radio que los alemanes habían asesinado a 700 000 judíos polacos, Ringelblum escribió en su diario:

¡Grandes noticias: grandes esperanzas! Nuestro trabajo no ha sido en vano: ahora que los alemanes saben, las matanzas se detendrán: Hitler estaba preocupado por mantener el genocidio como un secreto porque temía lo que diría el pueblo alemán si lo supiera.

Ringelblum se aferraba a la creencia de que el pueblo alemán como un todo y especialmente los campesinos y los obreros no eran anti-

⁷ Concepto que simboliza la continuidad tradicional.

semitas. El odio a los judíos se había convertido en un elemento clave de la propaganda nazi. Pero incluso si los alemanes comunes y corrientes habían permitido ser engañados por un momento, en su corazón tendrían poca tolerancia para la maligna persecución que se realizaba en su nombre. Después del inicio del asesinato masivo, Ringelblum culpó fundamentalmente, no al enraizado antisemitismo, sino al fascismo. El problema judío, escribió, no podría ser resuelto en el marco del sistema capitalista.

Uno de los mejores amigos de Ringelblum, el director adjunto Yitzhak Giterman, había sido prisionero de guerra en un campo alemán. El recordaba cómo los prisioneros de guerra judíos enviados a trabajar en granjas alemanas habían impresionado a los campesinos alemanes con su diligencia y eficiencia. Gitterman le contó a Ringelblum que cuando los prisioneros fueron enviados a Polonia, los campesinos alemanes les dijeron: Ustedes llegaron aquí como "malditos judíos", pero se van como "respetados hijos de Israel". Este incidente es significativo porque se repite otras veces en los escritos de Ringelblum durante el periodo de guerra. Ellos reflejan el tozudo rechazo de Ringelblum para ver el asesinato del judaísmo europeo como resultado de un antisemitismo generalizado o el resultado lógico de un particular carácter nacional.

Ringelblum nunca perdió de vista las implicaciones nacionales de su proyecto. A fines de 1941 emprendió un amplio estudio titulado *Dos y medio años en el ghetto*. Este era un gran esfuerzo de colaboración dirigido a extraer conclusiones internas sobre el impacto económico, cultural y social de la experiencia del *ghetto*. Este proyecto habría tenido varios centenares de páginas. Había proyectos conjuntos, basados en los cuestionarios del Instituto Científico Judío sobre mujeres, teatro, jóvenes, economía y mucho más. Sólo se completó una pequeña parte del proyecto cuando comenzó la gran deportación.

Una parte del estudio que sobrevivió fue una discusión sobre el significado histórico del *ghetto*. Ringelblum invitó a varios líderes intelectuales del *ghetto* -Hillel Tseitlin, Shia Perle, Shaul Stupnitzki y otros- a discutir las implicaciones nacionales de la experiencia del *ghetto*. Si el proyecto se hubiera completado, estas discusiones habrían figurado de manera prominente en el volumen.

Un asunto fundamental era la relevancia de la experiencia del *ghetto* para la auto-comprensión judía. ¿La extrema presión del terror alemán eximía a los judíos de responsabilidad por las múltiples patologías de la

vida en el *ghetto*? ¿Era el *ghetto* sólo un campo de concentración? ¿O reflejaba profundos procesos sociales y comunales que habían comenzado incluso antes de la guerra? ¿Y cuál era la relevancia de la experiencia del *ghetto* para la era de la posguerra.

Ringelblum también se preocupaba profundamente por las implicaciones nacionales de la conducta judía bajo la ocupación alemana. De manera creciente se descorazonaba por la creciente evidencia de la asimilación lingüística en el *ghetto*, a pesar de los esfuerzos de la Organización Cultural Judía. Su melancolía se agudizaba cuando el escritor Shia Perle, quien llegó al *ghetto* desde Lvov, comentó el terrible estado de la cultura judía en la Unión Soviética, donde la eventual asimilación parecía inevitable. Estaba profundamente molesto por la egoísta conducta de grupos enteros de la población del *ghetto*, tales como los mozos de cuerda en noviembre de 1940 y los médicos que aceptaban fuertes sobornos para exentar a ciertos edificios de la desinfección del tifus. Y después de la gran deportación, Ringelblum se exprimió los sesos buscando una respuesta al hecho de cómo judíos educados podían usar uniformes de policía y convertirse en monstruos que traicionaban a su propio pueblo.

En algunas de las partes más significativas del diario, escrito en la primavera de 1942, Ringelblum, después de cuidadosas consideraciones, rechazó una acusación absoluta a toda la sociedad judía. No tenía caso ignorar algunas amargas verdades, pero, después de todo, el pueblo judío había aprobado el examen. Dadas las circunstancias, en las que se estaba forzado a tomar "un mal camino" o a morir de hambre, numerosas instancias de solidaridad social y de conducta generosa llevaron a Ringelblum a advertir "que no podemos pintar el cuadro más negro de lo que realmente es" (18 de mayo, 1942). Si hubiera en realidad un factor de desmoralización en la sociedad judía, no residía en la gente como un todo, sino en el *Judenräte* y en la burguesía judía.

Los turbulentos tiempos han tenido, al menos, un buen resultado. Como un potente faro, ellos ponen al descubierto cosas que hasta ahora han permanecido ocultas. El rostro bestial de la burguesía judía, su carácter canibalesco, han salido a la luz en estos tiempos hambrientos. Toda la actividad del *Judenräte* es una terrible injusticia tras otra. Si existiera un Dios, destruiría este nido de maldad, hipocresía y explotación (enero de 1942).

Sobra decir, el *Judenräte* no sale bien librado en el diario. Ringelblum despreciaba a Adam Czerniakow (jefe del Consejo Judío) y no hacía gran esfuerzo por mostrar empatía. Según Ringelblum, Czerniakow sólo era un débil alfeñique; incluso su suicidio era muestra de ello. Ringelblum despreciaba al Dr. Michal Milejowski por su actitud servil hacia los conversos en el Departamento de Salud del *ghetto*. Por el contrario, Adolf Berman es más amable en sus memorias posteriores a la guerra. Sólo Abraham Gepner mereció un retrato un poco más matizado, aunque Ringelblum atacó amargamente su defensa de impuestos regresivos que perjudicaban más a los pobres y su justificación de la solícita política del *Jundenräte* hacia los conversos.

Pero, con todo, Ringelblum trataba de ver el vaso medio lleno y no medio vacío. La historia del *ghetto*, cuando fuera escrita, contribuiría a forjar un sólido pasado útil para el periodo posterior a la guerra.

Un componente importante del análisis de Ringelblum sobre la conducta en el *ghetto* era cómo la mayoría de los judíos evadían la "ley" alemana y se las arreglaban para permanecer vivos. A mediados de 1941 Ringelblum discutía la distinción entre el "pobre pasivo" y el "pobre activo". Los primeros era principalmente refugiados con pocos lazos en la ciudad. Los segundos, mucho más numerosos que los primeros, eran en su gran mayoría antiguos residentes de Varsovia que contrabandeaban o encontraban otro nicho en la economía del *ghetto*. Y en la medida en que el hambre sobrepasó a muchos activistas sociales, nuevos líderes, en especial mujeres, salieron adelante, muchas de las filas de los "pobres activos" para apoyar la tarea de administrar los comités de vivienda y las cocinas populares y mantener el pulso de la vida pública.

Sin embargo, los "pobres activos" fueron a la muerte sin luchar. Una vez más Ringelblum buscó respuestas. Citaba varios factores. Estaba la brillante estrategia alemana del engaño, apoyada por los agentes de la *gestapo* judía. Estaba la carencia de liderazgo moral del *Jundenräte*. Pero Ringelblum iba más al fondo y buscaba respuestas también en otras direcciones. En su diario de junio de 1942, justamente antes del comienzo de la gran deportación, pero en un momento en el cual el asesinato masivo ya se desarrollaba plenamente en otros lugares, Ringelblum escribió sobre la terca determinación de las masas judías de no hacer nada que llevara a represalias masivas.

Los judíos no resistieron a la matanza; ellos fueron pasivamente

a su muerte para dejar que los otros vivieran. Cada judío sabía que levantar una mano contra un alemán significaba arriesgar la vida de compañeros judíos de otra ciudad y quizá incluso de otro país. Por esta razón trecientos prisioneros de guerra judíos se dejaron asesinar... aunque eran soldados entrenados que pelearon heroicamente en 1939... Ser pasivos, no levantar una mano contra los alemanes, estas palabras se han vuelto el quieto heroísmo del judío ordinario. Esto se ha convertido en el quieto instinto de vida de las masas y todos actúan de esta manera como si hubieran hecho un voto de hacerlo así. Y yo pienso que no se puede combatir esto. Ninguna contrapropaganda ayudaría. No se puede luchar contra un instinto de masas; sólo se puede aceptar.

En otras palabras: en lo que otros rápidamente estaban dispuestos a calificar como cobardía, Ringelblum reconocía, en junio de 1942, una clase particular de heroísmo judío, nacido de la solidaridad nacional y de un sentido instintivo de responsabilidad hacia la nación.

Este sentido de solidaridad nacional se reflejaba en una tradición folklórica que tradicionalmente narraba la persecución y la impotencia política con un optimismo instintivo, con un rechazo a aceptar historias de destrucción nacional. Durante el exterminio de los judíos de Varsovia, Ringelblum se volcó a la tradición folklórica judía para explicar el rechazo inicial de las masas del *ghetto* para creer la verdad sobre Treblinka. Citaba las historias tradicionales sobre las Diez Tribus perdidas que reflejaban los instintos nacionales de las masas judías, su rechazo a creen en la destrucción física de la gran mayoría del pueblo judío. En el pasado, este instinto folklórico había inventado historias sobre los "judíos rojos" o sobre tribus perdidas más allá del Sambatyo. Tal psicología resurgió en el verano de 1942 en forma de historias sobre Smolensk y otras áreas rusas donde los judíos, supuestamente, se habían establecido. La psicología popular no podía absorber toda la verdad de una vez.

Pero esta psicología de masas se transformó repentinamente en septiembre de 1942, después de que 300 000 judíos fueron a su muerte en Treblinka. De pronto los supervivientes de la gran deportación, ahora apilados en sus tiendas, se preguntaban enojados por qué habían fracasado en proteger a sus seres queridos, por qué habían permitido ser

engañados. Había un sentido de vergüenza. La psicología colectiva había cruzado el Rubicón y ahora excluía toda opción: sólo quedaba la resistencia armada y una muerte digna.

La preocupación de Ringelblum con el impacto de la tradición judía sobre la conducta nacional *in extremis* lo impelía a considerar las cargadas relaciones entre dos paradigmas en la historia judía: la santificación del nombre y el marrano. El marrano se adaptó a las circunstancias prevalecientes: para permanecer con vida, simuló traicionar su herencia judía. El mártir que moría por la santificación del nombre escogía la muerte por encima del repudio público de la fe judía. A primera vista parecía extraño que un marxista se preocupara sobre tales asuntos. Pero Ringelblum obviamente quería saber cómo los paradigmas y arquetipos tradicionales se adaptaban a las circunstancias modernas. En la resistencia nacional a la ocupación nazi, ¿qué modelos de conducta resonaban en la psicología de las masas judías?

El tema de la santificación del nombre también asumía una relevancia particular a fines de 1942, cuando la clerecía polaca ofreció ocultar un cierto número de niños judíos en monasterios y conventos. Una conferencia informal, que incluyó a Ringelblum, sopesó las implicaciones de tal movimiento ¿tenían los judíos derecho a exponer a sus hijos a la conversión? La reunión concluyó que los padres ciertamente tenían el derecho a hacer sus propias decisiones, pero que como un asunto nacional, no se podría apoyar esto como un principio general.

Al comienzo Ringelblum concluyó que los judíos ortodoxos mostraban menos voluntad que sus predecesores en la Edad Media de morir por la santificación del nombre. Pero a medida que el tiempo transcurría sus informantes ortodoxos -Rabbi Shimon Huerband y Aaron Rogovyi- lo convencieron de tomar una perspectiva más matizada y comprender el significado de lo que los ortodoxos llamaban la santificación del nombre: permanecer con vida como un medio para engañar la voluntad del ocupante y preservar al pueblo judío (este concepto figuró prominentemente en los escritos de Zelig Kalmanovich en el *ghetto* de Vilna y en los sermones del *ghetto* de Varsovia de Kalonymous Shapiro, el Rabí de Piaseczner. Estos sermones fueron preservados en los archivos del *Oneg Shabes*).

A medida que las condiciones del *ghetto* empeoraban, Ringelblum se vio forzado por las circunstancias a reevaluar muchos de sus supuestos básicos. Él había estado convencido que las lecciones del

Comité de Distribución en el periodo previo a la guerra podrían funcionar en el *ghetto*. De hecho, había que centrarse más en la ayuda y menos en la auto-ayuda. Pero él creía que una amplia red social de comités de vivienda y partidos políticos podría mantener las cocinas y otras estructuras que ayudarían a que el *ghetto* resistiera. Pero a medida que leía más y más reportes que llegaban a través del *Oneg Shabes* -tales como el rico estudio de Rachel Auerbach sobre las cocinas populares que ella administraba en la calle de Leszno 40- Ringelblum comenzó a darse cuenta de la amarga verdad: sólo cuando un judío tenía alguna fuente adicional de apoyo podían las cocinas populares hacer la diferencia. ¿Qué significaba esto para los esfuerzos de ayuda en el *ghetto*? El diario reflejaba la creciente evidencia de que la auto-ayuda era una batalla cuesta arriba. Los judíos ricos daban demasiado poco, la *Judenräte* era corrupta, y aun los Comités de Vivienda no lograban hacer bastante.

Todo esto llevó a Ringelblum a plantearse una terrible cuestión. Si no había suficiente para salvar a todos, ¿deberían concentrarse los esfuerzos de ayuda en salvar a la "élite"? Si era así, entonces ¿quién merecía estar en la elite? Con el tiempo, Ringelblum llegó a la conclusión que era mejor dedicar limitados recursos a salvar a algunos pocos elegidos -si esa era la única elección. Criticó acrememente al *Judenräte* y aun al Comité de Distribución por mostrar insuficiente interés en rescatar a la intelectualidad judía durante la gran deportación. Sin embargo, Ringelblum también señaló que había quienes -como Mordecai Anilewicz, líder la organización combatiente judía- encontraban esta política muy reprochable.

Las crecientes luchas internas de Ringelblum pueden ser trazadas en el profundo contraste entre dos ensayos que escribió en 1943: uno se refiere al líder del Partido Obrero Sionista en el *ghetto*, Shakne Zagan; el otro, a Mordecai Anilewicz, comandante de la Organización Combatiente Judía. En el primer ensayo Ringelblum iluminaba el rol crucial que los partidos de izquierda jugaban en la vida del *ghetto*:

El partido era el mundo que las masas judías más respetaban. Veían en ellos el resumen de todo lo más hermoso, lo más justo, en el mar de maldad que los rodeaba. El partido era la fuerza que no permitía que el entorno de la vida judía se convirtiera en Sodoma. No permitía que los agentes de la *gestapo* judía tomaran el control de la vida judía...

Esta alabanza a la izquierda política, y, podría asumirse, a su propio partido, reflejaban claramente las convicciones más profundas de Ringelblum: pero en otras partes Ringelblum tenía que admitir las limitaciones del mismo liderazgo político que había alabado. Zagan, quien murió en Treblinka en agosto de 1942, había opuesto resistencia física cuando se discutió esto después del comienzo de la gran deportación.

La comparación con el ensayo escrito sobre Anilewicz es instructivo. Al escribir después del fin del levantamiento en el *ghetto*, Ringelblum hizo una auto-crítica implícita. Aseveró que los miembros de los movimientos juveniles tenían instintos mucho mejores sobre los objetivos de los alemanes y la resistencia que los líderes adultos de los partidos políticos.

Nuestro camarada Mordeai Anilewicz cometió un segundo error cuando tomó amarga venganza de la historia de los judíos de Varsovia y los judíos polacos. (Él) puso mucha atención a las opiniones de la generación adulta, los que tenían experiencia, los sabios, aquellos que sopesaban y consideraban y tenían a mano mil argumentos bien razonados en contra de combatir al ocupante. Se generó una situación paradójica. La generación adulta, que ya había vivido la mitad de su vida, habló, pensó, se preocupó de sobrevivir a la guerra. Los adultos soñaban con la vida. Los jóvenes, los mejores, los más hermosos, los elementos más nobles que el pueblo judío poseía, sólo hablaba, sólo pensaba sobre una muerte honorable. No pensaban en sobrevivir a la guerra, no se las arreglaban para conseguir "papeles arios", su única preocupación era sobre la muerte más digna, el tipo de muerte que un pueblo de dos mil años merece.

La juventud judía debería haber respetado sus propios instintos desde el comienzo y debería haber recordado la lección histórica de que los líderes de más edad a menudo tienen menos que perder en la vida y por lo tanto no logran llegar a conclusiones correctas. Ringelblum citaba al mismo Anielewicz diciendo que los movimientos juveniles perdieron tres años en trabajo cultural y educativo en lugar de prepararse para la resistencia armada. Dedicaron mucho tiempo a quitarle el poder al liderazgo adulto antes de afianzar el propio.

Si el diario es mucha "historia" -orientada a crear un pasado útil para

quienes sobrevivieran a la guerra- el último trabajo de Ringelblum sobre las relaciones polaco-judías tuvo algunos matices diferentes. Ringelblum estaba claramente conflictuado y la introducción refleja una lucha interna. ¿Continuaría escribiendo una historia objetiva o era ya tiempo de entrar en un estado de ánimo más elegíaco y componer algo así como una conmemoración? En este momento -fines de 1943- sólo 250 000 judíos polacos (según las estimaciones de Ringelblum) permanecían con vida. Ringelblum estaba ahora escondido con toda su familia en un escondite que no era muy seguro. Era tiempo de volver a un tema central de toda su vida de trabajo: las relaciones polaco-judías.

Vale la pena citar el párrafo introductorio de Ringelblum:

Cuando un escriba judío se dedica a copiar la *Torah*, debe, según la ley religiosa, tomar un baño ritual para purificarse de toda suciedad e impureza. Éste toma su pluma con un corazón tembloroso, porque el más pequeño de los errores en la transcripción significa la destrucción de todo el trabajo. Es con este sentimiento de temor que yo he empezado este trabajo... Estoy escribiendo en un escondite en lado ario. Estoy en deuda con los polacos por haber salvado dos veces mi vida durante esta guerra.... Yo, en mi propia persona, soy evidencia concreta de la falta de verdad en la aseveración hecha en algunos círculos judíos de que toda la población polaca se regocijó con la destrucción del judaísmo polaco y que no había gente en el lado ario con un corazón que sangra y sufre por el trágico destino del pueblo judío en Polonia. Por otra parte, círculos polacos pueden sentirse heridos cuando digo que Polonia no alcanzó el mismo nivel que Europa occidental salvando judíos. Soy historiador. Antes de la guerra publiqué varios trabajos sobre la historia de los judíos en Polonia. Es mi deseo escribir objetivamente sobre el problema de la relaciones polaco-judías durante la presente guerra. En tiempos tan trágicos para mi pueblo, sin embargo, no es tarea fácil sobreponerse a la pasión y mantener una fría objetividad.

En el diario y en el trabajo del *Oneg Shabes*, Ringelblum había dedicado una enorme cantidad de tiempo al asunto de las relaciones polaco-judías. En el *Oneg Shabes*, su insistencia en documentar la contribución judía a la defensa de Polonia en 1939 demostraba una

continuidad básica con su trabajo de preguerra sobre la participación judía en la levantamiento de Kosciuszko. Este material reforzaría la demanda judía de ser parte de Polonia y no un elemento extraño. En su último trabajo, Ringelblum de hecho compara septiembre con los años de 1861-1863, el punto más alto de la amistad polaco-judía. En el diario hay docenas de referencias positivas hacia los polacos, incluyendo a miembros del antisemita Partido Nacional Democrático.

A fines de 1943, cuando Ringelblum escribió su último trabajo, el contexto había cambiado enormemente para peor. Ringelblum se salió de su ruta para documentar instancias de humanidad y cooperación polacas. Detalló el contrabando entre 1940 y 1942, y la generosa conducta de muchos polacos de izquierda, trabajadores e intelectuales, después del asesinato masivo de 1942. En general, era mucho más amable con la izquierda que con el resto de la sociedad polaca. El tono objetivo y cauto de Ringelblum daba a sus conclusiones mayor peso. Ellas eran negativas en su mayor parte en lo concerniente al conjunto de la sociedad polaca. El ejército no sólo no ayudó a los judíos; prácticamente no hizo nada para enviar armas al *ghetto* y peor aun, no actuó contra el enjambre de chantajistas e informantes que hacían la vida miserable en el lado ario. En parte debido a la propaganda alemana, en parte por otros factores, la mayoría de la población polaca falló en la prueba elemental de decencia y solidaridad hacia los ciudadanos judíos. Ringelblum no minimizó los peligros que corrían los polacos cuando escondían judíos, ya sea en el campo o en las ciudades. Pero, concluía, se debería haber hecho más y Holanda evidenciaba que esto era posible (en 1943 Ringelblum tenía una visión mucho más optimista del estado del judaísmo polaco de lo que la realidad demostraba).

Pocos meses más tarde, en marzo de 1944, un informante polaco traicionó el escondite a la *gestapo*. Ringelblum, su esposa Yehudit y su hijo Uri fueron asesinados en las ruinas de la prisión de Paviak.

Quiero concluir citando lo que sucedió una oscura noche, el 4 de agosto de 1942. Habían pasado casi dos semanas desde el comienzo de la gran deportación a Treblinka. En dos semanas, los alemanes se las habían ingeniado para matar 100 000 judíos. Nadie estaba seguro, nadie sabía lo que el mañana podía traer. Era tiempo de enterrar lo que ya se había recopilado. Ringelblum encargó la tarea a un viejo amigo, un camarada político del Partido Obrero Sionista, un escritor y maestro en yiddish, Israel Lichtenstein. Ayudándolo con la excavación estaban dos

adolescentes, David Graber y Nahum Grzyvacz. Antes de sellar los envases de leche, cada uno de ellos puso allí su última voluntad y testamento.

He aquí una parte del último testamento de Lichtenstein:

He puesto toda mi alma en este archivo. He escogido el escondite y no pido las gracias de nadie. No quiero conmemoraciones o alabanzas. Sólo quiero ser recordado. Quisiera que mi pueblo, mis hermanos y hermanas más allá del mar sepan donde han sido llevados mis huesos... Quiero que mi esposa sea recordada, Gele Sekstein, una artista talentosa. Los últimos tres años ella trabajó como maestra con niños en el *ghetto*. Ella diseñó escenarios teatrales y disfraces para el teatro infantil... Ambos nos preparamos para encontrar nuestra muerte... También quiero que mi pequeña hija sea recordada. Margalit tiene hoy 20 meses de edad. Maneja totalmente el lenguaje yiddish y lo habla perfectamente. A los nueve meses comenzó a hablar claramente en yiddish. En inteligencia se equipara con niños de 3 o 4 años. No estoy alardeando. El mismo personal de la escuela me lo dice. No lamento mi propia vida ni la de mi esposa. Pero siento lástima por esta niña encantadora y talentosa. Ella también merece ser recordada. Somos el sacrificio redentor para el pueblo judío. Creo que la nación sobrevivirá. Nosotros los judíos de Europa oriental somos los redentores del Pueblo de Israel...

Unas semanas después, los vagones de ganado se llevaron a Israel Lichtenstein, su esposa y su pequeña Margalit a las cámaras de gases. David Graber y Nahum Gryvacz encontraron el mismo destino. Pero en los últimos días de su vida, ellos reafirmaron su profundo optimismo en el futuro del pueblo judío. Y nos recordaron que ellos no eran solamente víctimas: ellos era gente y miembros orgullosos de una nación viva y resistente: y este es el legado del *Oneg Shab*.